

# Esperando el milagro

## El pensamiento ecológico ante el fracaso de la sociedad sostenible<sup>1</sup>

Fernando ARRIBAS HERGUEDAS

Universidad Rey Juan Carlos

### Introducción

El ideal de una sociedad sostenible ha tocado a su fin. La creencia en la posibilidad de que la civilización postindustrial puede afrontar la crisis ecológica global adaptándose a nuevas condiciones climáticas, la escasez energética y de recursos, las consecuencias de la acelerada extinción de especies y la pérdida de biodiversidad, por mencionar solo algunos de los problemas más acuciantes, aparece como un proyecto cada vez más ilusorio. Ello se debe no solo a los límites físicos que impone el planeta al crecimiento de las sociedades humanas sino, especialmente, a la deriva política que vivimos desde que comenzaron a levantarse las primeras voces de alarma en los años setenta del pasado siglo. Algunos problemas ecológicos suficientemente conocidos, que hasta hace poco parecían solubles si se ponían en marcha medidas vigorosas, se muestran ahora como tendencias irreversibles que irán agravándose paulatinamente. Esta es una razón de peso para proclamar la muerte de la sostenibilidad como proyecto social y económico, pero lo cierto es que si la idea de sostenibilidad carece ya de sentido como ideal político, se debe fundamentalmente a que la ideología liberal dominante ha trabajado tenazmente en su contra desde su nacimiento, desactivándola como germen de una ideología política subversiva.<sup>2</sup> De este modo, nos hallamos ante una situación tan

<sup>1</sup> Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación HAR2011-23678 “Arte y Ecología: Estrategias de protección del medio natural y recuperación de territorios degradados”.

<sup>2</sup> Aunque fundamentalmente incluyo bajo el término “liberalismo” al comúnmente denominado “neoliberalismo” (es decir, la ideología política dominante desde los años ochenta que defiende la desregulación

alarmante como paradójica: al mismo tiempo que, desafortunadamente, la evolución de los acontecimientos concede validez empírica a los postulados de la ciencia ecológica, confirmando sus más sombrías predicciones, y el pensamiento político verde se consolida teóricamente, se corrobora el fracaso en la práctica de las propuestas ideológicas del ecologismo como proyecto de transformación global. El ideal de la sostenibilidad, entendido como la consecución del equilibrio entre el desarrollo humano, que no ha de equipararse sin más al crecimiento económico, y la capacidad de sustentación del planeta, ha sido como un cometa que atravesó fugazmente la atmósfera y apenas tuvimos tiempo de contemplar.<sup>3</sup> Pues cuando hemos comenzado a vislumbrar la posibilidad de llevarlo a término, hemos advertido también que seguramente ya no es realizable. De este modo, el escenario futuro más probable se nos muestra como un camino de renuncia paulatina a muchos de los logros de la civilización postindustrial.

### **La irreversibilidad de los problemas ecológicos**

La sostenibilidad ecológica, entendida como la satisfacción de las necesidades humanas dentro de los límites impuestos por la capacidad de carga del planeta, no es un concepto meramente científico o técnico. Si bien las necesidades de diferentes especies animales y vegetales son inherentes a su esencia, aunque puedan variar algo dependiendo de las condiciones impuestas por el medio, delimitar las “necesidades” humanas en la práctica constituye un gran desafío, a pesar de que se han aportado sólidos argumentos en defensa de una teoría de las necesidades (Doyal y Gough, 1994). La razón es muy simple: el capitalismo global exige una continua expansión del ámbito de lo necesario, una conversión imparable de los deseos en necesidades. Sin ello, el capitalismo sucumbe y arrastra consigo el nivel de bienestar adquirido por las sociedades humanas, puesto que la construcción social de la idea de “bienestar” apunta hacia un consumo creciente de bienes. Toda disminución del nivel de consumo es percibida, de este modo, como una mengua del bienestar adquirido. De esta manera, y a pesar de que la relación entre consumo creciente y satisfacción de deseos y necesidades dista mucho de ser evidente (Scitovsky, 1986), el capitalismo continúa imponiendo su ley en este ámbito impulsando una cultura de la expansión continua del consumo basada en la conversión de deseos en necesidades. En suma, el pensamiento verde, pese a tener a su disposición herramientas teóricas que demuestran que el consumo creciente no conduce necesariamente a la mayor satisfacción vital, no ha conseguido extender aún una cultura de la “autocontención” que contrarreste esa dinámica social inherente al capitalismo y, si alguna vez lo lograra, parece que ya será demasiado tarde para evitar las peores consecuencias ecológicas del consumismo desmedido.<sup>4</sup>

de los mercados a escala planetaria y la ausencia de intervención del Estado en la esfera económica), gran parte de las afirmaciones que aquí realizo pueden atribuirse también al conocido como liberalismo “moderno” o “igualitarista” de orientación keynesiana que inspiró el Estado del bienestar. La mayor parte de neoliberales no aceptan de buen grado esta denominación porque sostienen su fidelidad a los principios del liberalismo clásico. Para el problema que aquí nos concierne, esa disputa terminológica interna resulta irrelevante, puesto que ninguna corriente del pensamiento liberal (clásico, keynesiano, neoclásico, neoliberal o anarcocapitalista) ha sido capaz de ofrecer una respuesta teórica convincente a la cuestión ecológica. Por esta razón utilizaré el término “liberal” cuando me refiera a todas en conjunto y la palabra “neoliberal” para aludir a la configuración ideológica e histórica del liberalismo en boga desde la década de 1980.

<sup>3</sup> Para una reflexión en torno al concepto de desarrollo sostenible que trata de rescatarlo de su identificación teórica con el mero crecimiento económico, véase (Arribas, 2010). Véase asimismo (Riechmann 2006, 159-187).

<sup>4</sup> El término “autocontención” ha sido empleado por Jorge Riechmann (2006 y 2009).

Esta necesidad de expansión continua del capitalismo explica la fagocitación del término “sostenibilidad” por parte del liberalismo, así como la perversión del concepto de “desarrollo sostenible” y su identificación ideológica con su mayor enemigo, el crecimiento económico y tecnológico sin límites. Gracias a ello, cualquier modalidad del liberalismo puede defender a un mismo tiempo el crecimiento indefinido y el objetivo de la sostenibilidad: todos nuestros posibles deseos devienen necesidades que serán satisfechas por el sistema económico a medida que se favorezca su expansión a todas las esferas de la vida humana; y es precisamente este crecimiento sin límites lo que posibilita el desarrollo del ingenio humano que proporcionará a su vez la solución tecnológica futura de los problemas ecológicos. He aquí una formulación más evolucionada del prometeísmo tecnológico, que confía ciegamente en la capacidad del ser humano para salir de los aprietos en los que se coloca a sí mismo, y que viene siendo la ideología por defecto que el liberalismo suscribe cuando se le interroga por la cuestión ecológica.

Sin embargo, los problemas surgen y se agravan, obstinadamente, sin que a día de hoy el sistema económico dominante ofrezca alternativas convincentes. Problemas como el calentamiento global, la desertificación, la escasez de agua dulce, el pico del petróleo o la pérdida de biodiversidad se complican aceleradamente sin que el capitalismo global, ese sistema que sus defensores describen como la forma de organización económica que promueve en mayor medida la eficaz gestión de los recursos y la iniciativa de los individuos para resolver dificultades, encuentre soluciones factibles. De este modo, la sostenibilidad ecológica, entendida como la extensión al conjunto de la humanidad de un nivel mínimo de bienestar económico sin afectar a la capacidad de carga de los ecosistemas, no puede ya concebirse sino como un milagro.

### **El milagro político de la sostenibilidad**

Delimitar las necesidades básicas que los seres humanos han de satisfacer para poder vivir con dignidad ha sido uno de los objetivos centrales del pensamiento verde. Según éste, y más allá de sus diferentes planteamientos, el fin último de una política ecológica ha de ser el logro de la sostenibilidad sin menoscabar los derechos fundamentales de los individuos. Obviamente, lo que de aquí se desprende es que el concepto de sostenibilidad, si ha de poseer algún sentido cuando se aplica a las sociedades humanas, debe ser entendido como un concepto normativo que remite a una cuestión central del pensamiento político de nuestro tiempo: la igualdad entendida como justicia social, es decir, como redistribución justa de la riqueza (y también de los males ecológicos). Definir necesidades básicas y otorgar prioridad a su satisfacción con respecto a otras necesidades o deseos menos acuciantes, es una de las tareas fundamentales cuando lo que se plantea es la exigencia de reducir la huella ecológica producida por las sociedades humanas. Y aquí, evidentemente, no tratamos con un problema meramente *técnico*, sino *ético* y, por extensión, *político*. En resumidas cuentas, vincular el ideal de la sostenibilidad ecológica con la cuestión de la igualdad y la justicia social conlleva un desafío ideológico de primer orden para el liberalismo dominante. De ahí que éste haya tratado por todos los medios de desactivar las implicaciones políticas más radicales de la idea de sostenibilidad desvirtuando su significado originario.

Así pues, el cumplimiento del ideal político de la sostenibilidad aparece ante nuestros ojos como un milagro, no solo por la evidencia científica actual de la irreversibilidad de algunos problemas ecológicos, sino porque durante las últimas décadas el neoliberalismo ha sabido

neutralizar su potencial subversivo. Con todo, el triunfo de las políticas neoliberales no debe interpretarse como una victoria teórica, sino solamente práctica. Debido al agravamiento e irreversibilidad de los problemas antes mencionados, los argumentos a favor del pensamiento político verde no han hecho sino afianzarse durante los últimos tiempos. No cabe duda de que valores éticos incrustados en nuestra cultura política, como la libertad y la igualdad, difícilmente pueden realizarse si no se atiende a las demandas que la cuestión ecológica pone ante nosotros. Si esto se acepta, lejos de constituir una amenaza para los valores políticos democráticos, tal y como el ideario neoliberal trata de argumentar, la política verde se presentaría como la única teoría política capaz de garantizar su consecución (aunque, como se verá más adelante, no toda la teoría política verde puede definirse sin más como “democrática”). En este sentido, es posible argumentar que las relaciones entre el neoliberalismo y la democracia resultan ser bastante más problemáticas, pues el primero trabaja incansablemente por aniquilar la segunda allí donde los poderes económicos se sienten amenazados: una muestra más de la capacidad del neoliberalismo para desactivar y a la vez fagocitar los conceptos políticos que le amenazan en su hegemonía mundial, erigiéndose como el verdadero defensor de las instituciones democráticas mientras las reduce a un mero decorado.

### **La solidez del discurso político verde**

Se espera un milagro cuando el barco se está hundiendo, cuando ya no hay atisbos de hallar una solución racional y eficaz para un problema. Pero también se espera un milagro cuando, a pesar de saber que esa solución existe y es factible, no se dan las circunstancias para su realización práctica. Esa es la situación en la que el pensamiento verde se encuentra actualmente. Conscientes de que las sociedades humanas se hallan a las puertas de un colapso civilizatorio inminente, las distintas versiones del pensamiento político verde han desarrollado argumentos teóricos suficientes para poner en marcha las medidas políticas requeridas para afrontarlo. Sin embargo, el ímpetu arrollador del capitalismo globalizado durante las tres últimas décadas y la hegemonía del pensamiento neoliberal no han favorecido la expansión de las ideas verdes, ni la creación de una cultura política ecológica, ni la propagación de los valores éticos del ecologismo. No hay que engañarse: a pesar de que hoy en día podamos hablar de una expansión de la conciencia ecológica impensable hace medio siglo, ha de reconocerse que su alcance y potencial como fuerza de cambio político es muy limitado, que su implantación social se circunscribe principalmente a un sector poco relevante de las clases medias y, sobre todo, que sus posibilidades de traducirse como alternativa política real en un régimen democrático basado en un sistema de partidos políticos que compiten entre sí por la hegemonía, son remotas. Además, el ecologismo, como movimiento social, carece de la suficiente implantación para convertirse en una ideología de masas; y, por desgracia, aún aparece ante los ojos de un importante sector de la ciudadanía como un movimiento elitista, arraigado entre una pequeña parte de las clases medias urbanas, cuyo único objetivo es frenar el desarrollo y obstaculizar el crecimiento económico. Esta percepción social del ecologismo como el culpable de gran número de problemas es fomentada desde los círculos de poder liberales y conservadores con el fin de debilitar aún más sus fuerzas y desviar la responsabilidad propia sobre las catástrofes ecológicas y sociales que ellos mismos provocan. Con ello se pretende ocultar la fundamentación científica del pensamiento ecológico, presentando al ecologismo como un movimiento irracional, infundado, caprichoso, preocupado por valores que incluso atentan contra la vida humana o contra los derechos del

individuo, o como una corriente ideológica histórica, apocalíptica, milenarista y violenta. Esa percepción social del ecologismo sirve al poder político para perseguir al movimiento y criminalizar a sus activistas (Potter, 2013). Pero también sirve para algo más: para extender en la población una falsa tranquilidad y una idiocia moral creciente respecto a la cuestión ecológica que sepultan en la práctica la capacidad de influencia de los sólidos argumentos científicos del pensamiento político verde.<sup>5</sup> De este modo, todo lo que lleve adherido el adjetivo “ecológico” producirá desconfianza. La persecución del mensajero se ha acentuado en todos los países en los que el movimiento verde ha adquirido alguna relevancia y todo apunta a que su criminalización va a aumentar en los próximos años. Por ello, cuando el ecologismo advierte de los problemas venideros no debe descartar la posibilidad de ser responsabilizado de su consumación por el simple hecho de haberlos anticipado.

A pesar de la evidente solidez de los argumentos de la ecología científica y del pensamiento político verde, vivimos en una era paradójica: los resultados en la práctica, medidos en términos de concienciación y movilización social, no son correlativos a la fortaleza teórica de aquéllos. De ahí que el milagro de la sostenibilidad aún se refleje en la mayoría de los textos de la teoría política verde como el objetivo a alcanzar, especialmente en los apartados de conclusiones. Mientras que algunos continúan esperando el milagro de un despertar repentino de la sociedad que les lleve a abrazar los valores del ecologismo activo y demandar democráticamente políticas verdes, otros esperan el milagro de una concienciación gradual de la clase política y empresarial respecto de la inminencia del colapso civilizatorio y confían en su capacidad para imprimir un giro de timón que se traduzca en reformas legislativas contundentes. No conviene entregarse al pesimismo, quizá porque el pensamiento verde continúa representando los valores de la modernidad ilustrada y la creencia en la capacidad de la razón para perfeccionar el mundo. Pero la realidad no es halagüeña: el capitalismo global y los sistemas políticos de democracia liberal que se vinculan estrechamente con él impulsan una cultura política completamente ajena a los objetivos de la sostenibilidad ecológica y ello se debe a los imperativos que impone su propia supervivencia.

Derribar o, al menos, transformar el capitalismo, y eliminar así la ilusión democrática bajo la cual creemos vivir, ha sido uno de los objetivos tradicionales del pensamiento verde y el ecologismo. Cabe suponer que su incapacidad de realizar en la práctica semejante tarea se debe a errores cometidos a la hora de transmitir eficazmente el mensaje, a su incompetencia para educar y motivar a los ciudadanos o a un exceso de confianza en el poder de la razón. Pero quizá esos motivos no sean suficientes para explicar sus debilidades. Quizá las causas del fracaso del ecologismo a la hora de promover el ideal de la sostenibilidad haya que buscarlas en la desmesura de la tarea que se ha impuesto a sí mismo: una transformación a escala global de la conciencia y los valores morales.

<sup>5</sup> Un ejemplo muy reciente en nuestro país es la reacción visceral contra “los ecologistas” (sin matices) ante las inundaciones provocadas por la crecida del río Ebro, por ser ellos los que no han permitido la “limpieza” de los cauces (limpiezas que, por lo demás, se han demostrado costosas e ineficaces). En realidad, el desastre económico que han supuesto tales inundaciones viene siendo anticipado desde tiempo atrás por científicos y conservacionistas. Pero la estrategia de culpar al mensajero sirve para los fines del gobierno (que no son otros que esquivar responsabilidades). Lo penoso es que la población afectada, fácilmente manipulable, se ha apuntado rápidamente a la versión oficial que responsabiliza del desastre a las incipientes políticas ambientales de protección de los ecosistemas fluviales. Para esta cuestión, puede consultarse (Ollero, 2013).

## **Por qué ha fracasado el ideal político de la sostenibilidad**

Hay muchas razones para ser ecologista. La protección del valor intrínseco de la naturaleza y la defensa de los derechos e intereses de las generaciones futuras son quizá las más conocidas. Sin embargo, puede añadirse un tercer grupo de razones de naturaleza más pragmática: las consecuencias negativas de los problemas ecológicos (sobre todo del cambio climático) ya comienzan a ser palpables en muchas regiones del planeta en forma de sequías, inundaciones o pérdidas de cosechas; esas catástrofes están generando a su vez conflictos, desplazamientos masivos de población, guerras, etc., que tarde o temprano implicarán al conjunto de la población mundial de un modo u otro. Es decir, hay razones puramente egoístas para preocuparse por la sostenibilidad. No obstante, ningún Estado u organización internacional está tomando la iniciativa para construir una concepción del bien común que permita dar pasos realmente eficaces y hacer frente a tales consecuencias. Los problemas asociados a la racionalidad colectiva emergen aquí con toda su crudeza, haciendo del cambio climático una “tormenta moral perfecta” (Gardiner, 2011).

La tarea que el ecologismo se ha puesto como objetivo es desmesurada por dos razones. La primera tiene que ver con la fortaleza de su enemigo, el capitalismo globalizado y las estructuras políticas que lo sustentan. La segunda es inherente al propio discurso ecologista que se desprende de la teoría política verde en cualquiera de sus variantes. Respecto a la primera, no es necesaria una explicación exhaustiva, puesto que algo se ha dicho ya acerca de ello. Basta además con echar un vistazo a los recientes acontecimientos. Tras la crisis financiera de 2008, los críticos del capitalismo pensaron que el mundo estaba ante la gran oportunidad para la expansión y consolidación del pensamiento y el movimiento verde. El colapso global del sistema económico capitalista hacía entrever la posibilidad de un cambio social y político en los países industrializados que incluiría la transición hacia la sociedad sostenible. En la reconfiguración de la nueva sociedad posterior a dicho colapso, los problemas ecológicos cobrarían una especial importancia y la reformulación de la democracia que se encuentra en el germen de los movimientos sociales emergentes permitiría una transmisión de las ideas verdes mediante la deliberación democrática, con el consiguiente cambio de valores.

Pero en contra de este optimista vaticinio, la actual crisis económica no parece haber sido la antesala de la autoaniquilación del capitalismo, sino más bien el primer estadio de un proyecto consciente para transformar los regímenes de democracia liberal en sistemas políticos que implícita y progresivamente asumen el espíritu y la estructura de los modelos totalitarios de gobierno, al menos en lo que respecta a algunos ámbitos de la vida social y política. Este proyecto comenzó a gestarse hace aproximadamente cuarenta años, cuando se emprendió la consolidación de una nueva fase del capitalismo caracterizada por la desregulación económica, la profundización de la desigualdad y el auge de una cultura de crisis que extiende la incertidumbre en torno al futuro del bienestar adquirido. Esa incertidumbre es exitosamente manipulada por el nuevo capitalismo global para acentuar su carácter autoritario y antidemocrático, convirtiendo *sus* crisis sistémicas en la excusa perfecta para justificar nuevas vueltas de tuerca en el afianzamiento del modelo político neoliberal.

¿Cómo debería afrontar el pensamiento político verde esta situación? Hasta hace poco tiempo, y salvando las diferencias existentes, el pensamiento verde ha manejado el escenario de un fracaso del modelo capitalista neoliberal y una transición más o menos gradual hacia la sociedad sostenible dentro del marco político de los regímenes democráticos. La superación del capitalismo ha sido siempre el horizonte del pensamiento verde, con el fin de alumbrar

una sociedad sostenible e igualitaria. De ahí la tradicional vinculación del ecologismo con la izquierda política y el socialismo, solo cuestionada recientemente por los intentos de conciliar los fines de la sostenibilidad con la vertiente igualitarista del liberalismo político (Wissenburg, 1998 y Hailwood, 2004). Pero el fracaso del sistema de mercado global o la suma de sus fracasos parciales no se traducen en una pérdida de poder por parte de los principales actores del capitalismo, sino más bien al contrario. De este modo, como consecuencia de la hegemonía neoliberal y la manipulación ideológica que promueve, la sociedad sostenible se presenta ahora ante la ciudadanía como un objetivo secundario frente a la necesidad de recuperar el crecimiento económico y mantener los niveles de consumo, de modo que el pensamiento verde y el movimiento ecologista se emplazan en un escenario en el que sus propuestas políticas de autocontención se contemplan con gran recelo, mientras que las políticas *reales* de austeridad para las clases medias y bajas se asumen con resignación esperando que lleguen tiempos mejores en los que se recuperen dichos niveles de consumo.

Por otro lado, no conviene olvidar que la democracia liberal es el fruto de un régimen de libertades construido durante al menos dos siglos y que ahora está conociendo su etapa final a manos de las fuerzas que, paradójicamente, ha contribuido a desatar. Porque el hecho de que el neoliberalismo esté afianzando, cautelosa a la vez que eficazmente, un nuevo tipo de “totalitarismo invertido” (Wolin, 2008), mientras consolida una cultura de crisis permanente en lo concerniente a la esfera privada del trabajo y el consumo, augura un futuro muy incierto para el desarrollo del movimiento verde y más aún para el posible surgimiento de una sociedad o un Estado verde. Aunque resulte complicado aventurar el futuro, cabe pronosticar un progresivo debilitamiento del movimiento ecologista debido a las crecientes dificultades para comunicar y extender sus ideas y valores. Ello no se deberá solamente a la represión política e ideológica directa, sino más bien a la eficacia de métodos más sutiles que se aplican, por ejemplo, en la esfera de la educación. Allí la cuestión ecológica se reduce cada vez más a un problema de “formación ambiental” que promueve valores basados en una concepción débil de la conservación de ecosistemas, o a la transmisión de los postulados de la denominada “responsabilidad social corporativa”. Mientras tanto, se suprime de forma consciente la enseñanza de las humanidades, que son el auténtico fundamento del pensamiento crítico, la participación política y la deliberación democrática (Nussbaum, 2010), con el fin de evitar la germinación de la semilla que el mejor pensamiento verde encierra dentro de sí y comparte con otras ideologías radicales: el compromiso con la igualdad y la autonomía que permite el florecimiento de una ciudadanía ecológica global.

La segunda razón que explica por qué la meta del ecologismo es desmesurada es, como ya he dicho, inherente a sus principios fundamentales. Sin embargo, está íntimamente relacionada con la causa ya mencionada. Es decir, si la cultura del capitalismo global no hubiera arraigado tan sólidamente, si la mentalidad empresarial, el consumismo, la incertidumbre respecto del bienestar logrado y la idiocia política no estuvieran tan extendidos, es probable que el ideal de la sostenibilidad tuviera aún algún futuro. Pero ello no hace sino confirmar que, en efecto, este ideal, configurado por el pensamiento verde y perseguido por el movimiento ecologista, se aparece actualmente ante nosotros como un objetivo aún más formidable, por no decir inalcanzable.

Existe una gran diversidad de concepciones de la ética ecológica que se apoyan en diferentes ideas acerca de la relación entre los seres humanos y la naturaleza.<sup>6</sup> Asimismo, el

<sup>6</sup> Son numerosas las compilaciones de textos fundamentales de la ética ecológica que permiten tener una visión general de los diversos enfoques. Dos de los más accesibles son (Light y Rolston, 2003) y (Valdés, 2004).

pensamiento político verde ha tratado de establecer un marco que permita comprender el lugar que ocupa con respecto a las ideologías políticas tradicionales (Dobson y Eckersley, 2006). De hecho, el debate acerca de si existe o no una ideología política verde propiamente dicha (Dobson, 1997) ha sido posterior al desarrollo de diferentes variedades de ideologías tradicionales que asumen los presupuestos ecológicos, de modo que podemos distinguir el ecoanarquismo, el ecosocialismo, el ecofeminismo e incluso un liberalismo verde y un conservadurismo verde, sin olvidar las variantes tecnocráticas. Todos estos enfoques han propuesto diferentes caminos para aproximarnos al ideal de la sostenibilidad, en contra de las reduccionistas visiones del ecologismo que el liberalismo dominante se empeña en extender. Salvo el liberalismo verde, estas propuestas teóricas comparten un rasgo importante. Según todas ellas, la aproximación al ideal de la sostenibilidad ecológica precisa de la configuración y promoción de una concepción específica de la vida buena por parte de las instituciones políticas. Dicha concepción del bien descansa en virtudes éticas y políticas como la frugalidad, el compromiso con la comunidad, la solidaridad y la defensa de la igualdad, por citar solo algunas de las más relevantes. El florecimiento de estas virtudes ha de ser compatible (quizá con la excepción de las propuestas tecnocráticas) con el ejercicio de la autonomía, de modo que los ciudadanos de la sociedad sostenible acepten libremente vivir con arreglo a la concepción ecológica del bien. Esta concepción, así como su promoción por parte de las instituciones políticas, es contraria a la teoría política liberal en cualquiera de sus variantes, puesto que ésta defiende la tesis de que la autoridad política no está legitimada para estimular o imponer pautas de vida buena a los ciudadanos. Han de ser ellos los que libremente elijan qué clase de vida quieren vivir, sin que ninguna institución política les marque el camino a seguir.

No hay espacio suficiente aquí para discutir ampliamente estos argumentos. Baste decir que es dudoso que el liberalismo pueda ser realmente fiel a sus principios éticos y políticos sin promover una concepción del bien (ligada a un mínimo de participación política democrática y compromiso ciudadano para acatar la ley), por lo que rechazar la política verde por el mero hecho de que impone *una* concepción específica del bien sería contradictorio. No obstante, el llamado “liberalismo verde”, inspirado en el igualitarismo liberal de Rawls, ha hecho un esfuerzo para resolver este problema aduciendo que el compromiso liberal con la neutralidad ética exige hacer un hueco a los objetivos de la sostenibilidad en la agenda política, ya que de lo contrario los ciudadanos (especialmente las futuras generaciones) no podrán ejercer el sagrado derecho a elegir entre diferentes concepciones del bien.<sup>7</sup> En otras palabras, un mundo arrasado por la crisis ecológica global no permitirá el ejercicio de los derechos liberales, lo que a todas luces perjudica al ideal ético y político del liberalismo, al menos a medio plazo, y los hace colisionar con el cortoplacismo propio del libre mercado.

Este argumento resulta convincente y debería haber hecho reflexionar a muchos liberales acerca de la importancia del ideal de la sostenibilidad. Sin embargo, el liberalismo verde, a la luz de la evolución del capitalismo global, aparece actualmente como un planteamiento endeble, que sucumbe a la implacable lógica de la libertad de mercado que caracteriza al liberalismo *realmente existente*. De ahí que, en definitiva, la tendencia entre los liberales haya sido generalmente, y en el mejor de los casos, privilegiar una visión de la cuestión ecológica como un problema cuya solución es meramente *técnica* y que ha de llegar a través del mismo

<sup>7</sup> Véanse en este sentido (Sagoff, 1988, 146-170), (Wissenburg, 1998), (Barry, 1999) y (Bell, 2002). Es preciso no olvidar que el liberalismo que estos autores tratan de conciliar con el ideal de sostenibilidad es el conocido como liberalismo igualitarista.



crecimiento desbocado que genera la crisis, en vez de ahondar en la dimensión ética y política del problema que, al menos, se sugiere en la preocupación por los derechos de las generaciones futuras y la defensa del principio de neutralidad valorativa. El resultado ha sido que las más recientes versiones del liberalismo verde han venido a proclamar el “fin del ecologismo”, tal y como hace ya algunos años se proclamó el fin de las ideologías y el fin de la Historia, aduciendo que el movimiento verde ha fracasado, por lo que ha de aceptarse la superioridad teórica del liberalismo y su capacidad para integrar los objetivos de la sostenibilidad (Wissenburg y Levy, 2004); (Arias Maldonado, 2009). En resumidas cuentas, el liberalismo verde no hace a la larga sino consumir la fagocitación de la crítica ecologista del capitalismo abogando por las viejas soluciones tecnocráticas y desarrollistas que se ensalzan desde hace más de treinta años, sin que hasta el momento hayan proporcionado algún atisbo de esperanza para la resolución de la crisis. Se configura así actualmente un sucedáneo de pensamiento verde denominado “post-ecologismo” (Blühdorn, 2000), “modernización ecológica” o “eco-pragmatismo” (Nordhaus y Shellenberger, 2007), que consiste en una crítica radical de los fundamentos filosóficos y políticos del pensamiento verde tradicional con el fin de demostrar que el ecologismo “ha muerto” como alternativa política y que el concepto de sostenibilidad debe integrarse dentro del imaginario político liberal dominante para que tenga algún significado (aunque en realidad lo pierde definitivamente). Esta concepción persigue un giro en la teoría política verde que desplace el foco de atención desde la cuestión de los límites físicos al crecimiento a la promoción de la inventiva humana, para lo cual es necesario olvidar el discurso ecologista del catastrofismo y fomentar la mentalidad empresarial, la competitividad, el desarrollo tecnológico, etc. En definitiva, supone otra dosis de prometeísmo optimista, camuflado bajo una orwelliana neolengua, fundamentado en una errónea concepción filosófica y científica de la naturaleza (y de los límites al crecimiento que esta impone), así como en una interpretación sesgada de la historia ambiental reciente. Por desgracia, esta clase de ideas pasa por ser considerada como la base teórica de los catecismos de la sostenibilidad que se manejan en la ya mencionada “responsabilidad social corporativa”. De esta forma, las escuelas de negocios (y las universidades que paulatinamente se conforman para asemejarse a ellas) reproducen el discurso prometeico y lo hacen pasar por pensamiento ecológico comprometido con la sociedad sostenible.

Pero regresemos a la reflexión acerca de la desmesura propia de la idea de sostenibilidad entendida como concepción ecológica del bien. Esta concepción se encuentra desarrollada en el pensamiento verde propiamente dicho (no en los sucedáneos liberales) y constituye el verdadero núcleo de lo que podría denominarse una ideología ecologista cuyos argumentos apuntalan un ideal coherente de sostenibilidad. Más allá de las diferencias entre las familias ideológicas antes mencionadas, creo que puede establecerse una clasificación de la teoría política verde basada en la concepción de la relación entre fines ecológicos y democracia. Según esta clasificación, habría dos clases de pensamiento verde: por un lado, la que denominaré *tradición democrática*. Esta tradición arraiga filosóficamente en la herencia ilustrada y la componen distintas familias: ecosocialismo, anarquismo verde, opciones republicanas y ecofeminismo serían sus principales representantes. Todas ellas comparten la creencia en que una concepción ecológica del bien ha de florecer y ser fomentada con el fin de contrarrestar los males de la cultura capitalista (los ya mencionados consumismo, competitividad, mentalidad empresarial, etc.). Además, defienden una visión más o menos amplia de la deliberación democrática. Confían en mayor o menor grado en que la participación política democrática favorecerá la emergencia y expansión de la conciencia ecológica, el compromiso autónomo con la sostenibilidad y la transformación de los valores

predominantes en la sociedad de consumo. La austeridad o el decrecimiento, así como el resto de principios de la política ecológica, serían libre y autónomamente asumidos por una mayoría de ciudadanos en virtud del proceso de formación de preferencias inherente a la deliberación democrática, por la simple razón de que la deliberación entre individuos libres e iguales da como resultado la decisión más racional posible.<sup>8</sup>

Los valores necesarios para crear una sociedad sostenible prosperarían, pues, al mismo tiempo que los valores de la tradición democrática, ya que, en el fondo, dichos valores se necesitan mutuamente. Unos no pueden florecer sin los otros. Así, por ejemplo, la igualdad de derechos es impensable sin una igualdad de acceso a los bienes ecológicos ni un reparto de las cargas (satisfacción de necesidades ambientales básicas). Tanto el ejercicio de la libertad individual, como la preservación del entorno y el uso racional de los recursos, no son concebibles si no se ejercita una participación política que permita a los individuos constituirse como ciudadanos autónomos. En definitiva, esta concepción del pensamiento político verde, sólidamente construida y desarrollada a lo largo de las dos últimas décadas, es la más convincente desde el punto de vista teórico. No hay sostenibilidad posible sin transformación *radical* del capitalismo global, enormemente costoso e ineficiente en términos de energía y recursos. Y no hay transformación posible (ni deseable) del capitalismo global sin una acción política democrática.

Sin embargo, es precisamente esta concepción la que se encuentra sumida en una profunda crisis cuando se trata de valorar su influencia real. Es importante advertir que las razones que aquí se aducen para explicar esta situación no tienen nada que ver con las razones de la crisis del pensamiento verde que aportan los defensores del post-ecologismo. Para éstos, existen errores teóricos insalvables en el discurso del pensamiento ecológico en su totalidad. Desde el punto de vista que aquí se defiende, por el contrario, nunca el pensamiento verde fue tan corroborado por los hechos: los límites del crecimiento son hoy más evidentes que nunca y por mucho que, como aducen los modernizadores, la idea de naturaleza sea una construcción social, tales límites seguirán estando ahí presentes y continuarán siendo desbordados por la actividad humana si no tiene lugar una rápida y profunda transformación social. El problema afecta a la *realización práctica* del ideal de la sostenibilidad, ya que el cambio necesario es un desafío ético de una magnitud como nunca hasta ahora se había planteado en la historia de la humanidad. La alternativa modernizadora, por tanto, es ilusoria y engañosa: pues minimizar el problema negando los límites al crecimiento no va a hacer más asequible su resolución.

Es ese desafío ético universal el objetivo desmesurado que el pensamiento verde ha postulado, pero no por un exceso de ambición, sino porque es la única (y la más deseable) salida al dilema que afrontan las sociedades humanas contemporáneas. Para comprender esta cuestión, basta con pensar en que solo las grandes religiones han pretendido llevar a cabo una transformación ética global de similares características a la que requiere el cumplimiento del ideal de la sostenibilidad. *Convertir* al conjunto de la humanidad en practicantes de la austeridad y la participación democrática en los asuntos públicos sobre la base del interés común racional requiere tiempo y, sobre todo, la superación de una cultura política firmemente arraigada. En cierto sentido, las grandes religiones lo tenían más fácil: confiaban en el poder de la *creencia* cuando la racionalidad aún no había desencantado el mundo. Por contra, la política verde tiene que *convencer racionalmente* a los individuos de que es preciso asumir *autónomamente* las privaciones de la austeridad en una época en la que el

<sup>8</sup> La bibliografía sobre la relación entre democracia deliberativa y los valores ecológicos es muy amplia. Véanse (Doherty y de Geus, 1996) y (Smith, 2003).

acostumbramiento a niveles elevados de consumo es mayor que nunca y, lo que es peor, en la que esos niveles de consumo se han configurado como el ideal de vida buena *por defecto* de las sociedades contemporáneas.

No debería interpretarse este argumento como una equiparación, en cuanto a su fundamentación epistémica, del discurso político verde con los credos religiosos. Esto equivaldría a admitir la validez de las inconsistentes acusaciones de irracionalidad milenarista que el liberalismo dominante lanza de continuo hacia las ideas ecologistas. Es evidente que el sustento del pensamiento ecológico y la esencia de los credos religiosos son antagónicos: el primero se fundamenta en la razón y los segundos en la fe. Sin embargo, el desafío al que se enfrentan ambos es similar y puede afirmarse que el ideal de la sostenibilidad encara condiciones aún más duras para su realización. Pues la sociedad sostenible no puede, como históricamente han venido haciendo las grandes religiones, imponerse como un dogma de fe con el apoyo del poder político y eliminar o neutralizar a la disidencia. Al creyente le basta con estar convencido de que sus hábitos y acciones, por irrelevantes que puedan parecer, tienen consecuencias en otro mundo. El ciudadano verde, por el contrario, ha de llegar a través de la deliberación racional a la conclusión de que sus intereses (y los del conjunto de la humanidad) dependen decisivamente de la sujeción al mandato moral de la austeridad ecológica. Por desgracia, y como sabemos, parece que a lo largo de la historia las consecuencias en un mundo imaginario más allá de la muerte han tenido más relevancia a la hora de determinar la conducta moral de los seres humanos que las consecuencias en el mundo real. Por ello tampoco cabe descartar que, ante una situación límite desde el punto de vista ecológico, el discurso irracional de la religión vuelva a surgir con fuerza y se vincule con ideologías políticas nacionalistas o totalitarias excluyentes. Pero lo importante es aclarar que la analogía que aquí se establece entre el pensamiento verde y las grandes religiones atañe *exclusivamente* a la naturaleza universalista del proyecto ético que persiguen y a las dificultades de su realización práctica.

### **El fantasma del ecoautoritarismo**

La segunda corriente del pensamiento verde no es democrática o, al menos, desconfía de la democracia como el método más adecuado para crear una sociedad sostenible. Esta tradición ecologista viene asegurando que sólo un estado aristocrático-cientificista o “ecoautoritario” podrá llevar a la práctica el programa político verde. El representante más notable de esta corriente es William Ophuls, quien tradicionalmente ha criticado los regímenes democráticos liberales como inoperantes a la hora de crear una sociedad sostenible (Ophuls, 1997 y 2011). Pero además, Ophuls parece decir aquello que el pensamiento verde y el movimiento ecologista se resisten a aceptar: que el ideal de la sostenibilidad nunca se alcanzará mediante un proceso político democrático que dé lugar a una mayoría de población que abrazará autónomamente la ética de la austeridad, dado que los valores que la democracia liberal promueve no son los valores del ecologismo. Da la impresión de que, como todo gran proyecto ético con aspiraciones universalistas, la sociedad sostenible tendrá que venir dada por la *conversión* (probablemente forzosa a través de la ley impuesta por un gobierno fuerte) y no solo por la argumentación racional basada en la deliberación de ciudadanos concienciados que extienden las virtudes ecológicas a lo largo y ancho del planeta. En otras palabras, para Ophuls, la decisión autónoma libremente asumida de apretarse el cinturón en lo que respecta al uso de energía y recursos sólo llegará tras la acción decidida de una elite ilustrada que

conoce en profundidad la dimensión de la cuestión ecológica. La democracia, en cualquiera de sus formas, no puede favorecer a la sociedad sostenible por la simple razón de que la mayoría de la población desconoce el alcance real de los problemas y no está dispuesta a asumir de buen grado las soluciones necesarias.

A día de hoy, no obstante, la propuesta de Ophuls parece aún más ilusoria que la utopía democrática y, por supuesto, menos ilusionante. Dicho modelo de sociedad corre el riesgo, siempre latente en un régimen elitista, de convertirse en un gobierno autoritario alejado de su fin original, puesto que la ausencia de control democrático facilita las cosas a los enemigos del interés colectivo (y no olvidemos que la sostenibilidad depende decisivamente de una concepción del bien común). Aparte de esto, Ophuls no advierte que los regímenes de democracia liberal contemporáneos se están aproximando al ya mencionado “totalitarismo invertido” y esta es una realidad tan preocupante para el pensamiento verde democrático como para el cientificismo aristocrático porque, del mismo modo que las democracias liberales existentes bloquean la posibilidad de erigir instituciones democráticas verdes, también impiden la emergencia de una élite ecológicamente ilustrada con capacidad real para ejercer el poder. Así pues, el modelo de Ophuls no solo exige una transformación ética universal sin precedentes, como el pensamiento verde democrático, sino que además requiere también una muy improbable revolución de arriba abajo encabezada por una aristocracia hasta ahora inexistente.

## Conclusión

El principal obstáculo para las dos opciones antes mencionadas es que las instituciones políticas y económicas que prevalecen en las democracias liberales, estrechamente relacionadas entre ellas, han generado un clima de crisis económica global que hace retroceder la conciencia ecológica a medida que otros problemas asedian a los ciudadanos. Somos víctimas de políticas encaminadas a generar miedo, ansiedad y la fractura de la conciencia cívica que aseguran la impermeabilidad de los regímenes de totalitarismo invertido, mientras se apresuran hacia el colapso ecológico. En este escenario se presenta una línea teórica que asume ya la imposibilidad de revertir algunos cambios y se prepara para un escenario hobbesiano de “guerra climática” (Welzer, 2010), lo que a su vez impulsa a muchos ecologistas democráticos, como Paul Kingsnorth, a plantearse una estoica “retirada” (Kingsnorth, 2013).

¿Qué podemos pues esperar del futuro inmediato en lo que respecta al pensamiento político verde? Parece que la tradición democrática, vinculada en mayor o menor medida con las políticas de decrecimiento y austeridad autónomamente asumidas, se mantiene en un estado de crisis permanente, asediada por la irreversibilidad de los cambios, el pesimismo antropológico del eco-autoritarismo y el prometeísmo insensato de la modernización ecológica. Sin embargo, por más que se intente buscar ideas nuevas y alternativas, siempre se retorna a alguna forma de ecologismo democrático porque el resto de opciones son irrealistas, indeseables o ambas cosas a la vez. En cierto modo, esperamos y seguiremos esperando el milagro de la transformación democrática: que el capitalismo colapse de alguna forma que permita el advenimiento de esa expansión de la auténtica democracia de individuos libres e iguales que además serán racionales a medida que se comprometan en la deliberación (y ahí *descubrirán* que su verdadero interés, como comunidad y como asociación de individuos, es el de *autocontenerse*). Ello es así porque los milagros de la aristocracia verde o de la ilimitada

ingeniosidad humana que desafía los límites al crecimiento no resultan ni esperanzadores ni convincentes. Así pues, no podemos renunciar al ideal de la democracia verde y, por ende, de la sociedad sostenible, pese a todos sus defectos, y debemos continuar teniéndolo como horizonte utópico aunque sepamos ya que seguramente está condenado al fracaso. Porque incluso en un escenario de colapso ecológico global y de tormenta moral perfecta, continuará siendo el ideal político que nos protegerá en mayor medida de las consecuencias de los problemas ecológicos y sociales que se avecinan.

## Referencias

- Arias Maldonado, Manuel (2009), *Sueño y mentira del ecologismo. Naturaleza, sociedad, democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- Arribas Herguedas, Fernando (2007), “La idea de desarrollo sostenible”, *Sistema* 196, pp. 75-86.
- Barry, Brian (1999), “Sustainability and Intergenerational Justice”, en Andrew Dobson (ed.) (1999). *Fairness and Futurity. Essays on Environmental Sustainability and Social Justice*. Oxford: Oxford University Press, pp. 93-117.
- Bell, Derek (2002), “How can Political Liberals be Environmentalists?”, *Political Studies* 50, pp. 703-724.
- Blühdorn, Ingolfur (2000), *Post-Ecologist Politics. Social Theory and the Abdication of the Ecologist Paradigm*, Londres, Routledge.
- Dobson, Andrew (1997), *Pensamiento político verde*, Barcelona, Paidós.
- Dobson, Andrew y Robyn Eckersley (eds.) (2006), *Political Theory and the Ecological Challenge*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Doherty, Brian y Marius de Geus (eds.) (1999), *Democracy and Green Political Thought. Sustainability, Rights and Citizenship*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Doyal, Len y Ian Dough (1994), *Teoría de las necesidades humanas*, Barcelona / Madrid, Icaria / Fuhem.
- Gardiner, Stephen M. (2011), *A Perfect Moral Storm. The Ethical Tragedy of Climate Change*, Oxford, Oxford University Press.
- Hailwood, Simon (2004), *How to be a Green Liberal? Nature, Value and Liberal Philosophy*, Chesham, Acumen.
- Kingsnorth, Paul (2013), “Dark Ecology”, *Orion Magazine*, <https://orionmagazine.org/article/dark-ecology/>
- Light, Andrew y Holmes Rolston III (2003), *Environmental Ethics. An Anthology*, Oxford, Blackwell.
- Nordhaus, Ted y Michael Shellenberger (2007), *Breakthrough: From the Death of Environmentalism to the Politics of Possibility*, Nueva York, Houghton Mifflin.
- Nussbaum, Martha (2010), *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Buenos Aires / Madrid, Katz.
- Ollero, Alfredo (2013), “¿Por qué no hay que limpiar los ríos?”, disponible en [http://www.fnca.eu/images/documentos/DOCUMENTOS/Por%20qu%C3%A9%20NO%20hay%20que%20limpiar%20los%20r%C3%ADos\\_AOLLERO%20ET%20AL.pdf](http://www.fnca.eu/images/documentos/DOCUMENTOS/Por%20qu%C3%A9%20NO%20hay%20que%20limpiar%20los%20r%C3%ADos_AOLLERO%20ET%20AL.pdf)
- Ophuls, William (1997) *Requiem for Modern Politics. The Tragedy of Enlightenment and the Challenge of the New Millenium*, Boulder, Westview Press.
- Ophuls, William (2011), *Plato's Revenge. Politics in the Age of Ecology*, Cambridge,

Massachussets, MIT Press.

- Potter, Will (2013), *Los verdes somos los nuevos rojos*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Riechmann, Jorge (2006), *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Sagoff, Mark (1988), *The Economy of the Earth*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Scitovsky, Tibor (1986), *Frustraciones de la riqueza. La satisfacción humana y la insatisfacción del consumidor*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Graham (2003), *Deliberative Democracy and the Environment*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Valdés, Margarita (2004), *Naturaleza y valor: una aproximación a la ética ambiental*, México D.F., UNAM-Fondo de Cultura Económica.
- Welzer, Harold (2010), *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Buenos Aires / Madrid, Katz.
- Wissenburg, Marcel (1998), *Green Liberalism. The Free and the Green Society*, Londres, UCL Press.
- Wissenburg, Marcel y Yoram Levy (eds.) (2004), *Liberal Democracy and Environmentalism: The End of Environmentalism?*, Londres, Routledge.
- Wolin, Sheldon (2008), *Democracia S.A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Buenos Aires / Madrid, Katz.